CAPITULO XV.

Apertura de las Cámaras.—Programa del ministerio Mamiani.—Descontento del pueblo por algunas medidas avanzadas.—Agitacion en los transteverinos á favor del papa.—Capitulacion de Vicenza.—Desaliento que produce la derrota de Vicenza.—Sesion de la Cámara sobre la guerra.—Sucesos de Francia en Junio.—Dictadura de Cavaignac.—Invaden á Ferrara los austriacos.—Interpelacion en la Cámara.—Mensages de éstos al papa, pidiendo la declaracion de guerra.—Demostracion á favor de Mamiani.—Tumulto popular en la Cámara.—Esposicion del pueblo.—Suspéndese la sesion.—Elogia la cámara la conducta del pueblo.—Respuesta del papa al mensage de las Cámaras.—Declaracion de la pátria en peligro.—Situacion general de la Italia.—Triunfo de los austriacos.—Armisticio.—Desacuerdo entre el papa y los ministros.—Dimision de Mamiani.—Motu propio del papa anunciando nuevo ministerio.—Los austriacos en Bolonia.—Reclamacion del cuerpo diplomático.—Medidas de defensa.—Pide el pueblo la intervencion francesa.—Declaracion de los ministros en la Cámara.—Acuerda la cámara pedir la intervencion.—Manifiesto de los ministros.—Retirada de los austriacos.—Reconocimiento de Isabel II por el papa.—Recepcion del Nuncio en Madrid.—Socorros que envía el gobierno español.—Instrucciones que da á su embajador para en caso de que el pontífice tenga que abandonar á Roma.—El ministerio procura recoger las armas del pueblo.—La Cámara hostil al gobierno.—No hace el papa caso de sus reclamaciones.—Destitucion del ministro de la guerra.—Medidas propuestas por Mamiani.—Suspéndense las sesiones de la Cámara hasta Noviembre.

El dia 5 de Junio da principio á la nueva época política de Roma, y se abren sus Cámaras, si bien no con la solemnidad que Roma habia presenciado en la inauguracion de la Consulta de Estado y del Municipio Romano.

El mismo dia de la apertura de las Cámaras, un decreto del pontífice concede mas latitud á la libertad de imprenta, quedando abolida la censura.

Llegado este dia, los miembros de las dos Cámaras, reunidas en la plaza del Popolo, y con los mejores coches que pone á su disposicion la nobleza romana, desfilan por la plaza, acompañados de las banderas de los catorce barrios, unidas á las de los Círculos Popular y Romano, y se dirigen al palacio de la Cancillería (1), en donde despues de haber oido la misa del Espíritu Santo en la antigua iglesia de San Lorenzo y San Dámaso, se reunen los diputados en una sala del palacio, eligen por presidente provisional al mas an-

1 *Palacio de la Cancillería.* Construido con piedras del Coliseo; arquitectura de Bramante. Es magnífico, y está habitado por el cardenal vice-canciller.

ciano, incorporándoseles despues el alto Consejo ó de los pares, de quien habia sido nombrado, á propuesta de Mamiani, presidente, monseñor Muzzarelli.

El cardenal Altieri, delegado por el pontífice para verificar la apertura solemne de las dos Cámaras, sale del Quirinal, y va al palacio de la Cancillería, donde estaban reunidos ambos cuerpos.

Imponente y magestuosa fué su comitiva, seguida de dos batallones de la guardia cívica, mientras que el fuerte de Sant-Angelo disparaba cien cañonazos.

Leido el discurso de apertura, y declaradas abiertas las sesiones, torna al Quirinal, siendo saludado en su tránsito por los gritos de ¡viva Pio IX! ¡viva la Italia!

La Cámara de los diputados no se halló en número suficiente para deliberar hasta el dia 9. En este dia tuvo efecto su primera sesion, y en ella el conde Mamiani, ministro de lo interior, lee el programa del gabinete.

"Si el gobierno constitucional no existiese, dijo, seria necesario inventarlo para Roma por el doble carácter de su soberano." Aludia sin duda á que Pio IX habia publicado la encíclica, en la que, como gefe del catolicismo, fiel á su deber de cristiano, condenaba la efusion de sangre, y como soberano temporal dejaba obrar á sus ministros.

El conde Mamiani era de hecho el presidente del ministerio. Su palabra, algun tanto apagada, es elocuente. Su discurso se redujo á elogio al pontífice, que habia comprendido no podia existir el bien de los pueblos sin la libertad; á recordar á los representantes su mision de ayudar al soberano á levantar el nuevo edificio constitucional sobre bases acordes con los recuerdos de la antigua Roma y á la altura del supremo pontificado. Reasumiendo su discurso, dijo: "el papa no quiere la guerra, pero la deja hacer, y así se hará, mientras se dispute á los italianos sus fronteras naturales y la facultad de constituirse en una sola y misma familia." Anunció tambien que el ministerio propondria inmediatamente una ley sobre la responsabilidad efectiva y no ilusoria de los ministros y de los agentes públicos: pronunció algunas palabras de benevolencia para el Austria, y prometió devolverle todos los sentimientos de amistad al dia siguiente en que sus tropas hubiesen repasado el Isonzo: con respecto á la Francia, dijo: que el mas grande tal vez de los infortunios que pudieran suceder á la causa de la nacionalidad italiana, seria la demasiadamente calorosa y activa amistad de esa gran nacion. Por estas palabras rechazaba toda idea de intervencion que antes de muy poco habian en vano de solicitar las Cámaras.

El conde Mamiani se retiraba de la tribuna entre los aplausos de la muchedumbre y de los diputados, cuando el príncipe de Canino

Bonaparte se levanta y pide la palabra preguntando al ministro si el programa que acababa de oirse era solo la opinion política del ministerio, ó la espresion esacta de la política del soberano.

Un murmullo general de desaprobacion acoge esta intempestiva pregunta, lanzada para hacer estallar públicamente la division entre el soberano y los ministros; empero el conde Mamiani vuelve á subir á la tribuna, y pronuncia estas solemnes palabras: declaro que el programa es la obra colectiva del ministerio, afirmo tambien que, ha sido antes sometido al papa, y aceptado y aprobado plenamente.

Estrepitosos aplausos, y gritos de ¡viva Pio IX! resuenan en el salon de la Cámara al oirse esta declaracion: el entusiasmo era como en los primeros dias de su pontificado.

El alto consejo, presidido por Muzzarelli, oye en silencio el mismo programa, hecho par Marchetti el ministro de los negocios estrangeros.

Mientras que Mamiani y sus amigos eran aplaudidos furiosamente en las Cámaras, y por los agitadores que los habian elevado al poder, mientras que los animaban á que llevasen adelante sus pensamientos de revolucion, tratándose ya por algunos de vender las propiedades de la Iglesia y los bienes de los Jesuitas; la masa del pueblo se mostraba poco dispuesta á estas medidas, y de dia en dia se hacia temer una reaccion violenta contra las avanzadas ideas de libertad como se habian manifestado.

En el barrio de Transtebere empiezan á notarse tumultuosas reuniones; óyense en las calles algunos gritos amenazadores, y aun delante de la casa de Mamiani se grita ¡abajo el ministerio! En la calle misma en que se habia puesto el nombre de Gioberti, se ve borrado en parte el nombre de este escritor.

Un grande descalabro habia sufrido entre tanto la division romana: la ciudad de Vicenza habia caido en poder de los austriacos el 11 de Junio, siendo atacada por ellos en número de treinta mil hombres con sesenta cañones. Esta importante ciudad de treinta mil almas, situada á dos jornadas de Verona, una de Padua y tres de Venecia, estaba defendida por unos doce mil hombres. Las alturas que la dominan fueron disputadas valerosamente durante dos dias por los batallones romanos y venecianos, y principalmente por los suizos del ejército pontifical; empero el general Durando, falto de municiones, tuvo que capitular, y las tropas pontificales salieron de la plaza con armas y bagages, bajo la espresa condicion de retirarse á la otra parte del Pó, y de no tomar parte en la lucha duranre tres meses.

La derrota de Vicenza consternó á los romanos, y algunos cívicos que habian tomado con grande entusiasmo en un principio las armas, vuelven á Roma, unos por hallarse comprendidos en la ac-

pitulacion del general Durando, y otros se dispersan bajo el pretesto de que la encíclica del papa no les permite llevar las armas.

Los romanos preferian las conversaciones del Foro á las fatigas de la guerra; y como en los tiempos de Ciceron, les agradaba mas arengar en los cafes y en los círculos, escitando intrépidamente con sus discursos á la guerra contra la opresion de la pátria; y tronando con indignacion contra los que querian invocar un socorro estrangero, porque la Italia debia libertarse á sí misma. La *Itlaia fará da se*, habia dicho en un momento de entusiasmo Cárlos Alberto y su palabra habia hecho fortuna, se habia convertido en la divisa de los agitadores.

El dia 28 de Junio, el diputado Sterbini, redactor del *Contemporáneo*, abogado de carácter audaz y que ambicionaba el poder, que mas tarde le veremos arrebatar en un tumulto popular, propone á la Cámara al discutirse la contestacion al discurso de apertura, que manifieste sus deseos de que el pontífice tome la iniciativa, y sea el promotor de una dieta italiana que se reuna en Roma, la sola ciudad digna de ser el centro de la unidad italiana. Esta proposicion es adoptada casi por unanimidad.

La cámara se ocupa tambien de una cuestion incidental. Suponiendo que por haber decretado la asamblea nacional de Francia el 16 de Junio la movilizacion de trescientos batallones de guardia nacional, trataba de intervenir en los asuntos de Italia, los romanos, cuyas legiones acababan de ser derrotadas completamente en Vicenza, se manifiestan altamente contrarios á la intervencion; propalan que en muy breve tendrian sus enemigos que pedirles humildemente la paz; y añaden, que si los franceses entran en Italia, no encontrarán en ella una tierra hospitalaria. ¡Ridículas baladronadas en hombres que debian reconocer su impotencia para luchar con sus terribles enemigos! que apenas trascurrido un mes iban á pedir humildemente la intervencion!

Un gran suceso acontece en Francia en los últimos dias de este mes; suceso que debia influir ahora en Europa, como habia influido en Febrero la proclamacion de la república.

La Francia que al proclamar ésta habia formado un gobierno provisional, asociando á él hombres apenas conocidos, y entre ellos un obrero, inaugurando de este modo la aristocracia del proletariado, la Francia tambien habia desencadenado en ella misma y en toda Europa los elementos del desórden. La conducta del gobierno provisional, voluntaria para unos, impuesta para otros, era peligrosa en sus principios, porque con sus decretos habia introducido la desorganizacion universal; habia arruinado sistemáticamente la industria, oponiendo al nombre de la *fraternidad* el interes de las clases obreras contra el de sus amos. Para animar la desercion de los

talleres privados, abrió talleres nacionales; amenazó el capital bajo todas sus formas, y forzó al numerario á ocultarse; la ruina pública se añadió á las ruinas particulares.

En medio de tantos elementos de desórden, desarmó la tropa y armó el pueblo; la fuerza pública no fué mas que una aglomeracion tumultuosa de las masas; y mientras que Paris ofrecia este triste espectáculo, los departamentos estaban invadidos por un personal administrativo cuya composicion chocaba con sus costumbres, y cuya mision no parecia ser mas que el trastorno.

La disolucion de la sociedad parecia inminente. La Francia, sin embargo, el primer uso que hace del voto universal es el nombramiento de la Asamblea nacional, de aquella Asamblea que uno de los ministros del gobierno provisional habia osado amenazar públicamente en un decreto, si no correspondia al voto de los revolucionarios, anunciando que Paris concluiria con esta falsa representacion.

La tentativa tuvo lugar, la Asamblea fué invadida, y su invasion fué el preludio de las mas grandes calamidades. Un ejército para la insurreccion existia en los talleres nacionales. Amenazado de disolverse, dirige contra la sociedad entera el mas formidable ataque que ha presenciado jamas el mundo.

De la misma necesidad de la defensa sale un gobierno mas enérgico, que comienza la obra de la reparacion, el general Cavaignac es investido de la dictadura sobre el mismo campo de batalla, en las mismas calles de Paris, en medio de las imponentes barricadas, rodeado de los cadáveres de los soldados y de los generales, á quienes habian respetado las guerras del imperio y de la Argelia, teñidos con la sangre del santo arzobispo de la ciudad de Paris, que muere inmolando su vida para llevar palabras de paz y de conciliacion á los furiosos que intentan desde las barricadas destruir la sociedad por sus cimientos.

Triunfa, por fin, el órden en Paris; y este costoso triunfo se hace bien pronto sentir en toda Europa; así como pocos meses antes se habia hecho sentir la revolucion de Febrero que estremeció todos los tronos del muudo rápidamente como las ondulaciones sucesivas de un mismo temblor de tierra.

En este intermedio, los austriacos habian ocupado aunque momentáneamente, por un dia, á Ferrara; y esto esparció la alarma y la consternacion entre los exaltados de Roma.

Una division austriaca de 5.000 hombres atraviesa repentinamente por dos puntos distintos el Pó el dia 14, y marcha en seguida sobre Ferrara, que se halla á distancia de cinco cuartos de hora del rio, sobre su orilla meridional.

Los austriacos eran dueños de la ciudadela de Ferrara, cuya

guarnicion se encontraba bloqueada desde el principio de la guerra.

La division de operaciones que acababa de llegar, se colocó en batalla sobre la esplanada, entre la ciudadela y la ciudad, sin que por eso se disparase un solo tiro por los soldados pontificales. Dos mil piamonteses que habian llegado á Ferrara, habian tambien marchado la víspera para ir á embarcarse en Comachio y desde allí ir á Venecia. Las tropas romanas capituladas en Vicenza con el general Durando, no pudiendo servir durante tres meses, abandonaron á Ferrara desde luego.

La marcha rápida de los austriacos esparce el terror y la alarma en Bolonia, en Módena y en todos los paises situados al Sur del Pó; créese que tienen la intencion de reocupar este pais y de establecer nuevamente en su trono al antiguo duque de Módena; empero la ocupacion de Ferrara determina unos movimientos en el ejército de Cárlos Alberto que hacen evacuar la plaza.

El príncipe de Lichstein hace saber al legado pontifical que el objeto de su rápida escursion, habia sido únicamente reforzar y abastecer la ciudadela, que creia trataba de atacarse por los dos mil hombres de las tropas piamonteses que dias anteriores habian entrado en Ferrara.

Fírmase una capitulacion entre el general austriaco y el prolegado conde Lovalleti, por la que el gobierno romano se obliga á proveer por dos meses de víveres á la guarnicion de la ciudadela, y á que si los sucesos obligasen á esta guarnicion á capitular pudiese salir libremente con los honores de la guerra. Así, pues, el paso del Pó por los austriacos no habia sido mas que una falsa alarma.

La cámara de los diputados dirige una interpelacion al ministerio sobre la entrada de los austriacos en Ferrara. El conde Mamiani se lamenta de que el prolegado de Ferrara haya entrado en relaciones con el comandante austriaco de la fortaleza, y haya arreglado las cosas segun su deseo y necesidades. Parece, dice, que la Providencia quiere hacernos sentir el precio infinito é inestimable de la independencia; esta independencia debe costarnos muchas fatigas, muchos sudores, muchas lágrimas, mucha sangre, pero cuanto mas nos cueste, mas la apreciaremos: preciso es creer que la lucha no deba todavia cesar, y que nuestro estado no sea aún el Eden de la Italia.

La derrota de Vicenza, á que se añade despues la de Treviso juntamente con la del triunfo del órden en Paris y el establecimiento del gobierno de Cavaignac que reprime la revolucion, hacen que se modifiquen notablemente las pasiones políticas en Roma.

El ministerio Mamiani habia ordenado la reunion de fuerzas en las inmediaciones de Ferrara; que la artillería de Bolonia marchase inmediatamente sobre aquella plaza, y demandado ademas algunos

socorros á Cárlos Alberto y al general Pepé, á fin de obrar de este modo una diversion en el campo enemigo; finalmente, habia rogado á su Santidad que protestase contra la invasion de éste, para que su protesta hiciese frente al peligro y para que al mismo tiempo reanimase el valor de las poblaciones: el papa habia accedido. Importa, añadió el ministro, que las Cámaras nos den carta blanca para usar de todos los recursos nacionales en interes de la defensa del pais; sin ella le hemos ofrecido nuestra dimision; esperamos obtener esta autorizacion, y que dentro de pocos dias cese la crísis ministerial que han provocado los sucesos; prolongarla seria desconocer la complicada situacion del pais, y aumentar los peligros de la pátria amenazada.

Frenéticos aplausos acompañan las palabras de Mamiani desde las galerías del pueblo y desde los bancos de los diputados.

El príncipe de Canino Bonaparte, propone que la Asamblea se declare en sesion permamente, y pida al papa que declare la guerra al Austria, convocando en Roma una dieta Italiana.

El abogado Sterbini propone la liga italiana. Pues que las negociaciones pacíficas, clama, están rotas, el mandato y los deseos del pontífice han concluido, los del príncipe comienzan: el príncipe unido á su pueblo, continúa, debe oponer la fuerza á la fuerza; y combatir por la salud de la Italia entera: ahora que la voz del sacerdote supremo ha sido despreciada, solo resta á Pio IX acordarse de que es príncipe italiano, y el pueblo llamado á las armas por su príncipe, no dejará de levantarse por la salud del estado y por la independencia de toda la Italia!

El ministro Galletti manifiesta que uno de los primeros pensamientos del ministerio fué concluir una liga entre los príncipes italianos, siendo para todos del mas grande consuelo encontrar por parte del príncipe Pio IX la mas franca, la mas leal y la mas entera adhesion á su proyecto, que ya se hubiera sin duda alguna realizado, á no ser por la triste escision del ministerio piamontés.

La Cámara declarada en permanencia, nombra una comision que redacte una esposicion al papa, pidiéndole la declaracion de la guerra (1).

1 Beatísimo padre: la Cámara de los diputados por unanimidad os manifiesta su reconocimiento por la solicitud con que habeis ordenado una protesta solemne contra la invasion de las tropas austriacas en el territorio de la Iglesia. Los diputados, católicos italianos, se estremecen necesariamente al pensamiento de semejante violencia: representantes del pueblo os ofrecen el corazon y el brazo de ese mismo pueblo, que es el nervio de las naciones: acuérdanse de los delitos que en todos tiempos han cometido los imperiales contra la Santa Sede, y los antiguos y nobles destrozos de la Italia, que no puede ser esclava desde que vuestra santidad la ha bendecido. Con la afeccion respetuosa de hijos, os piden y aun conjuran: que hagais que vuestro gobierno no tarde en tomar las armas para la defensa y el ataque, reuniéndose en una alianza verdadera á los príncipes que serán dignos de gobernar los pueblos italianos desde el instante en que combatan por su independencia. Unidos así por vínculos indisolubles á vuestra santidad, en quien la Iglesia honra á su primado, y por quien el mundo se renueva, estamos dispuestos á los últimos sacrificios por defender vuestros derechos y los nuestros, derechos imprescriptibles de la Iglesia, del pueblo, y de la nacion. Llamad de nuevo, santo padre, la bendicion de Dios sobre la Italia y sobre nosotros, y pronunciad esa palabra poderosa que levanta á los oprimidos y abate á los opresores. La Cámara de los diputados aguarda con confianza, postrada á vuestros sagrados pies que besa.

Leida inmediatamente en la Cámara esta esposicion, redactada por Sterbini, es aprobada por unanimidad, y al dia siguiente se determina llevarla al pontífice.

Aquella noche, por una invitacion impresa de los círculos, se reunen las turbas para hacer una grande demostracion en favor del ministerio. La muchedumbre delante de la casa del ministro Mamiani gritaba con todas sus fuerzas, viva la Italia reunida! viva Cárlos Alberto, rey de Italia! viva Mamiani!

Asomóse éste al balcon, saludando con la mano al pueblo sin proferir una sola palabra, bien que le hubiera sido imposible hacerse oir en medio de aquella espantosa gritería.

El papa estaba resuelto á defender hasta el último estremo sus dominios, empero estaba firme en no llevar la guerra mas allá de las fronteras de sus estados.

El 19 de Julio fué de grande agitacion y trastorno en Roma. El pueblo quiso apoderarse del castillo de Sant-Angelo, y despues se marchó en masa á la Cámara de los diputados para forzarla á que se pronunciase sin dilacion por la declaracion de guerra al Austria.

El salon donde se hallaban los diputados fué invadido por hombres del pueblo que ocuparon los asientos de los diputados, rechazando las amonestaciones del presidente, porque habia corrido la voz, circulada de propósito por los mismos ministros, de que el papa, firme en su resolucion, se negaba á la guerra.

La diputacion de la Cámara de los diputados debia ir aquel dia á presentar el mensage votado en el anterior.

La respuesta de Pio IX podria escitar una tempestad; todo hacia temer que las masas impulsadas por los partidarios de Mamiani, por la faccion belicosa, se abandonasen á las mayores violencias, empero Pio IX se hallaba firme en su doble cualidad de pontífice cristiano, y de príncipe temporal: como vicario de Dios rehusaba la declaracion de la guerra; como soberano dejaba á sus súbditos libres de tomar las armas, no encadenaba sus brazos, ni les impedia que formasen batallones de voluntarios saliendo á campaña, rehusaba solamente cometer un acto personal de hostilidad, que su conciencia miraba con justo título como incompatible con la cualidad de padre comun de todos los cristianos.

La sesion de la Cámara presentaba un espectáculo desconsolador: la sala se hallaba llena de las turbas, invadidos los asientos de los diputados, y las inmediaciones del palacio sitiadas por una multitud compacta, ansiosa de conocer las medidas estraordinarias que deberian adoptarse.